alcance, relacionarse con muchos gefes del ejército frances, logrando de ese modo el que sus acreedores no procediesen contra él; y su casa fué, como hemos visto, uno de los principales focos de los extranjeros. Así, Magdalena no hacia sino seguir las inspiraciones de su padre, que en todo miraba su conveniencia, á costa del sacrificio de su propia dignidad. Increible parece, pero nada hay mas cierto como el que existan padres que convierten á sus hijas en miserables instrumentos de un vil interes, y las obligan á representar un papel indigno ante la sociedad.

. . . . . .

---





# IX

## UNA NOCHE DE POSADAS.

Habian pasado ya algunos meses despues de la ocupacion de la capital por las fuerzas republicanas, y Luis, al mando de uno de los cuerpos de la guarnicion, en vano habia anhelado ver otra vez á Magdalena, de quien decian todos que poseia una belleza imponderable y una atraccion irresistible.

El retraimiento de la jóven no era otra cosa que la consecuencia natural de su conducta en el pasado; temia, y con razon, ser menospre-

ciada. Así, Luis concurrió en vano á las *cadenas*, esperando verla salir de la Catedral; en vano asistió á las fiestas y paseos que tuvieron lugar, y en vano pasó una vez y otra por la calle en que vivia Magdalena.

Para Arturo nada de esto fué un secreto. Observó todos los pasos de su amigo; pero sin decirle una sola palabra.

Él, por su parte, hacia lo mismo que Luis, y no obtenia, como aquel, ningun fruto.

Así fué trascurriendo el tiempo, y Luis fué sintiendo amortiguarse, grado á grado, aquel amor que antes minaba las horas de su existencia.

Amparo, modesta, tímida, apacible se presentó á sus ojos y á su pensamiento como esas flores que perfuman los valles solitarios, y no los jardines espléndidos que forman el encanto de los que viven las grandes ciudades.

Amparo, con la mirada de sus bellos ojos azules, con aquel tinte arrobador de vaga tristeza que habia en su semblante, con su modestia dulce y tranquila, y sobre todo, con la conducta que observó con los franceses, no pudo menos que despertar en el alma de Luis el recuerdo de aquella noche del mes de Noviembre de 1864, en el paseo de las *cadenas*, cuyos sucesos conocen los lectores.





En el hombre hay siempre una buena dósis de estimacion ó amor propio, de egoismo individual, que hace apreciable ante sus ojos á aquel que le consagra un recuerdo ó un pensamiento. Porque aunque antes hemos dicho que nada hay mas rebelde que un corazon apasionado, existe, sin embargo, en el fondo del corazon, un sentimiento grande, profundo, de dignidad ó amor propio, que llega á rebelarse un dia y que lo coloca sobre las otras pasiones que pudieran dominarlo. Puede por eso el hombre adorar con delirio á la mujer que ha encendido en su pecho la llama devoradora del amor; pero si ella le hiere en lo que hay mas sagrado, mas susceptible, cual es la dignidad, no hay por qué extrañar que ese hombre abandone y olvide al sér que le habia cautivado. Por el contrario, sucede que llega alguna vez á saber ó á comprender que existe una persona en quien él jamas habia pensado, que le ama y suspira porque sus almas no se han encontrado en el camino de la vida, y entonces aquel hombre, antes indiferente, siente en su sér algo que no puede explicarse, y ese algo no es otra cosa que la primera sensacion de un amor que, si la ocasion lo favorece, acabará por apoderarse del corazon. Y es que, por mas que se hubiese repetido mil

veces que el hombre ambiciona y quiere solo lo que no le es fácil alcanzar, existe siempre en el alma un sentimiento purísimo que bien pudiéramos llamar de gratitud. Y el amor, que tiene una base tan noble y sólida, puede muy bien ser mas duradero y leal que esos frívolos amores nacidos entre el rumor de una orgía, en medio de las lascivas melodías de una danza. Para nosotros, es inconcebible cómo existan hombres que sufran toda clase de humillaciones y desprecios, y digan, sin embargo, que aman á la mujer que se los prodiga. Cuando vemos á alguno sufrir resignado cuanto puede ocurrirse al caprichoso é incomprensible corazon de la mujer, nos parece que hay oculta bajo esa aparente resignacion la idea de una venganza cruel, si la constancia y el tiempo no ablandan á la ingrata. Las mujeres, por dos razones no deben amar nunca á los que sufren su altivez y sus desprecios: ó aman á una persona de bajos sentimientos, ó se exponen á ser víctimas de una gran venganza.

Pero volvamos á nuestra interrumpida narracion.

Invitado Luis para concurrir á una noche de *posadas* en el mes de Diciembre del año á que nos hemos estado refiriendo, fué presentado en





la casa de una de las principales familias de la capital, cuyos salones, elegantemente adornados, presentaban el conjunto mas encantador, poblados como estaban, de muchas damas de esas que forman de esta ciudad el Eden americano.

Al penetrar Luis á aquella mansion de placer, sintió que su corazon se estremecia y palpitaba con violencia. Era el recuerdo de aquel espléndido baile en que Magdalena, de la misma manera que una flor exhala la suave esencia que guarda en su cáliz, abrió los labios y embriagó con su néctar el alma enamorada de nuestro héroe. Los recuerdos! Nada hay en el mundo mas triste y dulce al mismo tiempo, que volver con el pensamiento á gozar de los dias que huyeron para no volver. La vida de los recuerdos, es la vida del corazon. Olvidar para siempre, es propio de las almas mezquinas.

Luis, con una mirada rápida, pero indagadora, descubrió que Magdalena no habia concurrido á aquella fiesta.

El jóven coronel, tomado del brazo por uno de sus amigos que, sea dicho de paso, eran ya mas numerosos, como que contaba con una posicion brillante en el ejército, recorrió de un extremo á otro el salon, y acabó de persuadirse de la ausencia de Magdalena.

Al fin sonó la hora del baile.

La mayor parte de los jóvenes presentes tomó una linda pareja, y comenzaron aquellos animados diálogos, aquellos expresivos apretones, las miradas de fuego que se cruzan, los alientos que se confunden, los senos que palpitan y los suspiros que se exhalan como por descuido; todo aquello, en fin, que tiene lugar mientras al compás de una música deliciosa se confunden los dos sexos. Los que bailan deben tener momentos muy felices, deben ser, en ocasiones, muy dichosos; sin embargo, hay para nosotros algo que nos impide gozar de esa manera. Ese algo no es otra cosa que el egoismo sin límites de nuestro corazon. Tener en nuestros brazos á una beldad que acaba de estar en los de otro, y que despues de nosotros vendrá tambien un tercero á tener entre los suyos, á fé que no es nada delicioso para el que siente y piensa como nosotros sentimos y pensamos.

Luis, que abrigaba estas mismas ideas, y á quien habia colocado en aquella situacion, años antes, el amor de Magdalena, se abstuvo de bailar.

Sentado en uno de los extremos del salon, vió una cara que no le era desconocida.

Era Amparo, que tampoco habia tomado parte en el baile.





Los recuerdos de aquella noche del mes de Noviembre de 1864 se agolparon á su imaginacion, y como movido por una mano desconocida, abandonó el sitio en que se encontraba y corrió en busca de uno de los jóvenes dueños de la casa.

Pocos momentos despues, Amparo y Luis eran dos buenos amigos que convenian en ideas, y que tal vez, sin comprenderlo ellos mismos, se dirigian miradas demasiado expresivas.

Hablaron del pasado, y Luis con ingenuidad confesó que habia amado á Magdalena; pero no dejó escapar una sola frase dura que pudiese revelar su resentimiento, y aseguró á Amparo que aquel amor habia desaparecido de su corazon; y como esta tenia un gran concepto, una alta idea de la grandeza de alma de Luis, creyó sus palabras, y sintió que su corazon se agitaba con violencia.

Durante todos los instantes que la mayoría empleaba en bailar, mientras los viejos jugaban, ó charlaban sobre política en las otras habitaciones, Luis y Amparo, en amistosa confianza, entretenian las horas de aquella agradable velada.

De la misma manera que la suerte parecia haberse empeñado en separar á Luis y á Magda-

lena, parecia, por el contrario, que queria unirlo para siempre á la dulce y modesta Amparo.

Aquella conformidad absoluta de ideas, el vivo interes con que mutuamente se escuchaban, y las miradas indiscretas que sin querer se dirigian, fueron colocando á nuestros jóvenes en una pendiente peligrosa, pero que tenian forzosamente que atravesar, porque las leyes del destino son irremediables.

Luis, aunque tenia muy presentes las palabras de Amparo en las *cadenas*, tuvo el buen sentido de no referir que las habia escuchado aquella noche.

¿Quién es el hombre que, con tan magníficos antecedentes, tiene la fuerza de alma bastante para no dejarse llevar del impetuoso torrente del amor?

Luis, con tacto exquisito le habló, pues, de amor, á Amparo.

Ella..... repuso lo que siempre responden las mujeres la primera vez que les hablamos de nuestro amor.

Pero aunque no se habia pronunciado la frase sacramental del *sí* en los amores, cuando la reunion se disolvió, aquellas dos almas estaban unidas para siempre.





## X

### CONCLUSION.

Amparo halló en el amor de Luis el cielo que su alma de ángel habia soñado tantas veces, y Luis se consideró el mortal mas dichoso del mundo, poseyendo el corazon sensible y apasionado de Amparo.

Magdalena, entretanto, abandonada por la juventud elegante, temiendo hundirse para siempre en el abismo de la pobreza, porque tal es para los grandes que descienden, lamentaba en el silencio de su habitacion su mala estrella, y